

Fortín Mercedes, 8 de diciembre de 1966.

Hermanos Salesianos:

Nuestro hermano Coadjutor

DON JOSÉ PUIG

pasó a la eternidad el día 8 de septiembre de 1966, fiesta del nacimiento de la Virgen María, a los 80 años de edad.

Los que lo han conocido, saben que fue de los que el Evangelio llama "siervo bueno y fiel". Un hermano coadjutor modelo de muchas virtudes que hacen al buen religioso: humilde, piadoso, sacrificado, sencillo y bueno. Por sobre todo bueno. Fue esta su característica más notable: una bondad luminosa y contagiosa que hacía felices a los que vivían a su lado y que hace ahora gratísimo su recuerdo.

Su vida entera merecía ser descrita con detalles, porque fueron ellos los que tejieron su corona: supo vivir extraordinariamente cada uno de los sencillos momentos y ordinarias tareas de la vida.

Nació en Aliñá, provincia de Lérida (España) el 18 de julio de 1886. Sus padres eran pobres. En una de las cartas que conservaba se lee: "Con sentimiento he de decirte que tu padre y tu hermano se han marchado de la fábrica porque no podían vivir con el jornal que cobraban.. En Barcelona los comestibles han subido tanto que se hace imposible la vida; todo está carísimo y la clase obrera no puede atender a sus necesidades".

En 1904 era novicio salesiano en Sarriá (Barcelona) cuando Don Rinaldi le pidió que se uniera a la expedición misionera que partió aquel año para América a las órdenes de Mons. Costamagna.

Llegó a Rawson, en el corazón de la Patagonia. Allí pasó 50 años. Se dice pronto, pero hay en ellos una historia larga y fecunda.

Primero, maestro del humilde taller de zapatería.

Enfermero luego. "Los antiguos pobladores de Rawson recuerdan que funcionaba en aquel entonces en la misma manzana del Colegio una sala de primeros auxilios que, mientras fue la única de la zona, cumplió a no dudarlo una función providencial. Tenía un nombre que no guardaba proporción con sus instalaciones, hartó modestas: "Hospital del Buen Pastor". Fue en este primitivo hospital —escribe el diario "Jornada" de Rawson— donde Don José Puig aprendió el difícil arte de enfermero, que ejerció luego con paciencia y dedicación durante toda su larga vida".

Fue también maestro de banda: "La preparación musical de D. José Puig, no parece haber sido muy notable. Sin embargo en esos tiempos, ese reducido conjunto integrado en su mayoría por alumnos del mismo colegio, representaba la única posibilidad de dar a los actos patrios y a las celebraciones religiosas una nota de mayor solemnidad y alegría. Aquella era música que, según el dicho de Don Bosco, había que escuchar no tanto con los oídos cuanto con el corazón".

Fue misionero al lado de los grandes misioneros. "El recordado Padre Juan Muzzio lo tuvo por muchos años como sacrificado y fiel acompañante durante sus extensas giras por el interior". "Mi fiel escudero", lo llamaba hasta sus últimos años el P. Muzzio. Y son de una carta suya

estos recuerdos que transcribo: "Los medios de locomoción eran el caballo o el mulo. Los pertrechos, una alforja, una pavita, una ollita, el mate y la bombilla. La cama, el suelo y el recado. La carpa, el cielo sereno o nublado".

Y fue maestro: "Enseñó los primeros rudimentos a una legión de niños", que hoy son hombres y lo recuerdan con un cariño que muy pocos saben ganar en la misma medida.

En enero de 1954, el entonces Inspector, hoy dignísimo Arzobispo de Salta, Mons. Carlos M. Pérez, le escribía: "Quisiera pedirle un favor: contésteme con la mayor urgencia si se sentiría de ir a acompañar al P. De Salvo en Rawson. Dígamelo con toda libertad..." Y el 28 de enero está firmada la carta en la que se le destina a Esquel en calidad de "factotum y encargado del Oratorio". Y después de 50 años, dejó su querido Rawson para "seguir cosechando alta estima y simpatías, sembrando bondad, jovialidad y buen ejemplo".

En febrero de 1957 acompañó al veterano misionero P. Francisco Vidal hasta Bahía Blanca. Muchas veces lo había acompañado en sus giras apostólicas. Esta vez lo hacía como el buen samaritano, acompañando al enfermo que caía víctima de un ataque de emiplegia. Un año después le tocó a él ser atacado por el mismo mal. Pero no sucumbió. Su fibra robusta y sana le permitió superar el golpe.

Algo recuperado, vino a Fortín Mercedes. Aquí pasó su gloriosa ancianidad, siendo todavía el ángel de la enfermería hasta el día de su muerte. Sus altos ejemplos de virtud, encontraron campo fecundo de siembra en este grupo de Aspirantes salesianos que lo han amado de verdad, gozándose de su compañía y beneficiándose con sus edificantes ejemplos. Todos recuerdan esa serenidad de alma que se transparentaba en su rostro, lleno de bondad. Cualquiera se sentía cómodo a su lado. Sus palabras, siempre pocas, eran lecciones de la mejor espiritualidad. Vaya un ejemplo: —Qué día feo, D. José—, le dijeron. Y él: "Es el mejor... porque es el que Dios quiere".

Muy cerca del Santuario de la Virgen Auxiliadora, Patrona del Agro Argentino, y muy cerca del indiecito bueno Ceferino Namuncurá, junto con otros grandes salesianos, descansan los restos de este buen hermano coadjutor, en Fortín Mercedes. Creo que pertenece al número de aquellos salesianos insignes cuya biografía debería escribirse para común edificación. Valgan entre tanto estos breves rasgos para evocar su recuerdo, encomendando al Señor su alma y edificándonos con sus altos ejemplos de virtud.

Antonio Mateos
Director